



# PASIÓN POR EL DIÁLOGO

**DARIO VILLANUEVA**  
 DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA  
 DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Siempre es un honor pertenecer a una institución tricentena, la Real Academia Española (RAE), que ha recibido el reconocimiento público a su labor desde sus inicios, casi ininterrumpidamente. Ese privilegio se hace aún mayor cuando, como ahora en mi caso, uno tiene el mandato temporal y también la enorme responsabilidad de representarla. Tampoco me es ajena la Fundación Princesa de Asturias, de cuyos jurados formé y formo parte, este último año como presidente del que concedió el Premio de las Letras. Con don Emilio Lledó, Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades 2015, son ya veinte los miembros de la RAE distinguidos con este prestigioso galardón, en sus distintas modalidades, desde 1980, si incluimos en el cómputo a nuestra propia corporación, que junto con la Asociación de Academias de la Lengua Española, recibió el de la Concordia en el año 2000. Nuestra gratitud hacia la Fundación, nacida y desarrollada al igual que la RAE al amparo de la Corona, y hacia sus distintos jurados, es infinita porque implica un apoyo muy generoso, leal y continuado en el tiempo.

El jurado que otorgó este último premio a don Emilio Lledó destaca en el acta, con muy buen criterio, que nuestro filósofo «hace suya la razón ilustrada a través de un diálogo que impulsa la convivencia en libertad y democracia», a la vez que «concibe la filosofía como meditación sobre el lenguaje».

Hace dos años, cuando publiqué una reseña sobre su ensayo 'Los libros y la libertad', ya señalaba la permanencia en su obra de algunos temas fundamentales, y muy queridos por el autor, en aquel nuevo título: el lenguaje, la memoria, el tiempo. Asuntos, escribí entonces, que «cobran aquí especial viveza por el carácter casi oral de algunas de sus presentaciones, por el fermento autobiográfico de otras (los maestros de la República, la guerra civil, la vivencia de la cultura alemana, o el vivir «en conversación con los difuntos» en la sala de lectura de la

Biblioteca Nacional), y siempre por la voluntad de estilo de un filósofo que ha hecho también de la claridad (y la belleza expresiva) su compromiso de cortesía para con los lectores. Al recurrir Lledó, con discreción y buen tino, a las fuentes del pensamiento clásico, cuando las cosas, las pasiones y los conceptos eran dichos por primera vez, encuentra muestras convincentes de que incluso en nuestra transmodernidad, sigue viva la leyenda del Kohélet traducido por nuestros judíos de Ferrara: «y no nada nuevo debaxo del sol».

Emilio Lledó siente una verdadera pasión por el diálogo y el entendimiento. Soy testigo de ello desde hace años, como participante e interlocutor en las numerosas sesiones que hemos celebrado y celebramos en la RAE, en la que ha asumido en el pasado, entre otras tareas, la de académico bibliotecario. Allí, en su querida biblioteca de la corporación, está su mesa, infundible, siempre cubierta de libros y documentos, con vida propia.

Nuestro último premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades tiene el don, lo apuntaba antes, de la precisión y la claridad en la exposición de sus ideas. Por eso, nada mejor que sus propias palabras, procedentes del prólogo a otro de sus ensayos, 'El origen del diálogo y la ética', para cerrar estas líneas de felicitación y reconocimiento a un querido compañero de corporación. Una breve reflexión que enuncia su actitud existencial, su compromiso con la libertad: «Toda la vida humana consiste en dos principios esenciales: lo que nos dice el lenguaje en una sociedad, al parecer, globalizada, y el inmenso, multiforme, universo del amor y la amistad, origen de la ética. Ambos principios pueden tener una ladera oscura: la falsedad de las palabras y el odio de la fanatización y la ignorancia. Entender tales contradicciones es una empresa importante de la democracia y de la educación; una lucha para que no impere la amenazante vertiente oscura».